

El conejito que recuperó su alegría

Autora: Valeria Zúñiga Méndez

En un lugarcito escondido en el bosque, cobijado por el cielo azul y el calor del sol, vivían Doña Coneja y sus hijitos. Parecían motitas de algodón, tenían los ojos de rubí, la naricita rosada y pequeñita como un botón. Relucían en ellos sus inmensos dientes de leche, cuidados con esmero por su mamita. Todos eran igualitos, pero muy diferentes en su manera de ser. Algunos obedientes, juguetones y cariñosos; otros muy serios.

Entre todos destacaba Tipi. Era el más inquieto y desobediente de todos y, lo que es peor, maltrataba a sus hermanitos. La pobre mamá escuchaba quejas todo el día.

Por fin llegó el día esperado, los conejitos iniciarían su primer grado. Una bella coneja chocolate sería la maestra y los esperaba con gran ilusión. Todos perfumados, llenos de besitos y cargados de abrazos, ingresaron a la escuelita; aunque pequeñita, era un paraíso soñado. Flores y mariposas danzaban con el viento y un perfume suave inundaba el salón de clases.



Ese día, la maestra les enseñó muchos juegos y canciones, también les explicó las normas de la convivencia diaria, con el fin de que todos fueran felices y las sonrisas fueran el mejor adorno de la escuela por siempre.

Tipi decidió no hacer caso. Durante las lecciones cogía sin permiso los materiales de los compañeritos, rompía las hojitas que le daba la niña y saltaba por todos los rincones interrumpiendo. Lo peor se daba en los recreos, hacía zancadillas, se burlaba de todos y los golpeaba con intención. De nada valían las llamadas de atención de la maestra y de Doña Coneja.

Así fueron pasando los días, hasta que Tipi se quedó sin amigos. Observaba reír a los demás, pero su corazón estaba triste y endurecido; no podía sonreír. Siempre solo, a veces lloraba bajo su camita.

Un día como tantos, murió la tarde, y la luna de plata brilló en lo más alto. Era noche de fiesta, de compartir como amigos. Bailes y cantos provocaban los violines de los alegres grillos. Tipi estaba de malhumor, como siempre, le molestaba la bulla y, sobre todo, las risas de los demás. Con unos musgos secos tapó sus orejotas y trataba de dormir. Como no pudo, salió furioso y gritó a todo lo que podía: “¡Odio que estén tan felices!” Esa noche, los habitantes de ese bosque lo vieron por última vez.

Caminando y caminando, asustado con los ruidos de la noche y escondiéndose de los animales hambrientos, Tipi llegó a otro bosque. Cansado y triste, se acomodó en una cueva abandonada en el tronco de un enorme árbol de ceiba. Pensaba que él había nacido sin risas. O quizás, algún duendecillo travieso había robado su felicidad. Agotado, suspiró y se durmió profundamente por dos días.

Por fin despertó con el ruido de una bandada de pájaros que visitó el árbol y que habían decidido quedarse a vivir ahí. Al día siguiente, su agujero se vistió de luz. Curiosamente, se fue asomando a conocer el nuevo bosque. Una comadreja jugaba con sus hijitos, le recordó su hogar y lloró. Al poco rato observó cómo miles de ratones subían y bajaban de los árboles, se perseguían y cantaban. Pudo ver mariposas parecidas a las de su escuela, todas vanidosas conversando con las flores. Todos los animalitos gozaban de la vida y Tipi se preguntaba una vez más, “¿dónde estará mi sonrisa?”

Uno de los pájaros resbaló y cayó al suelo, descubrió dos ojitos brillantes que lo miraban desde un agujero en el tronco del árbol y preguntó:

-Oye, ¿quién eres?

-Soy un conejo que no sabe sonreír.

-¿Por qué dices eso?

-No sabes nada, sigue tu camino.

-Vamos, sal de ahí. No te niegues tu propia felicidad. Prepárate para la noche de la Luna Llena, hoy todos compartiremos y danzaremos sin cesar.

-No. Eso no se hizo para mí. No pierdas tu tiempo.

El pájaro volvió a su rama, pensativo y preocupado. En la tarde, el bosque se llenó de movimiento. El cielo se vistió de fuego y fue dando paso a la luz plateada, y el claro del bosque se iluminó. Los grillos con sus canciones hacían palpitar los corazones enamorados, las miradas se cruzaban y se sentía la felicidad del nacimiento del amor. De pronto aparecieron ardillas bailarinas que hacían reír a todos, menos a Tipi, que se sentía furioso con la dicha de los demás. Nuevamente lloró e inundó su cueva con agua salada.

De nuevo, la luz del sol hizo que Tipi abriera sus vidriosos ojitos tristes, aún más rojos de tanto llorar. El viejo pájaro no había dormido bien, pensó todo el tiempo en ese amiguito encerrado en su dolor. Luego de realizar los quehaceres en su nido, se vistió de sonrisa y se acercó al viejo árbol:

- Oye, amigo, me gustaría conversar contigo.

- No molestes, déjame en paz, no me interesas para nada. Sigue tu camino.

-Déjame contarte lo bien que la pasamos ayer los habitantes de este bosque maravilloso. Nos divertimos, cantamos y bailamos; te lo perdiste, todos nos reíamos en coro. ¿Nos escuchaste?

- ¡Risitas, risas, risas, eso es perder el tiempo! Mi boca no las conoce; nací sin ellas. No quiero conversar con nadie. No pierdas tu tiempo.

-Decídate a salir, podemos ser amigos. Ser feliz es una decisión que puedes tomar en cualquier momento.

-Yo no tengo corazón; por eso, no tengo risas. Aquí tengo lo que ocupo para vivir, aquí no puedo molestar a nadie. Es la mejor decisión.

Y así, cinco, seis, siete.....cien veces pasó el pajarito y más veces lloró el conejito su desdicha. Lo peor era que el pájaro ya tampoco sonreía, y sus amigos preocupados lo llamaron para preguntarle el motivo. Las risas de muchos estaban desapareciendo.

Un búho muy blanco, al que todos respetaban por su sabiduría, le preguntó:

-¿Qué te pasa amigo pájaro? ¿A qué se debe tu tristeza? Nos estás contagiando.

-Es cierto, estoy preocupado por el conejito que vive en la cueva del viejo árbol. No conoce su sonrisa, afirma que nació sin ella. No se deja ayudar. Ya he empleado una lluvia de consejos. No puedo ayudarlo yo solo.

-Eso es mi amigo, tú no puedes solo. ¡Esa es la clave! “La unión hace la fuerza”.

Y ese día, en el claro del bosque, el búho propuso un plan para sacar al animalito de su encierro y ayudarlo entre todos a despertar su alma, enseñarle lo lindo de compartir con los demás y conquistar la sonrisa perdida.

La fiesta del bosque cambió de lugar, todos caminaron hasta el frente de la cueva de Tipi. Parecía que había abandonado el lugar, no se escuchaba ningún ruido en su cueva. Una valiente arañita se deslizó por las paredes hasta llegar a ver el conejito, casi ahogado en una laguna de lágrimas.

Entre todos lo sacaron y le brindaron mil atenciones para salvarle la vida, hasta que se abrieron sus ojitos y cada uno de los habitantes del bosque le manifestó su cariño y lo invitaron a disfrutar con ellos. Pero él les dijo: -No sé hacerlo, nací sin risas. Eso no es para mí-. Medio muerto, se lo llevaron a descansar a la cueva de Pinta la comadreja.

Al día siguiente, el viejo pájaro lo invitó a recorrer el bosque, que estaba radiante y más verde que nunca. ¡Qué alegría sintió el emplumado! Tipi aceptó la invitación, y sin dejar de conversar

y saludar, caminaron por mucho rato. En ese momento, el conejito descubrió los colores, la luz y el calor, se maravilló del color del cielo, del concierto y de la gracia de las ardillitas. "Hoy ha nacido mi sonrisa", expresaba el conejito, quien por todo se reía ruidosamente.

En ese instante se acordó de su escuelita y de su hogar, de su forma de ser tan equivocada, de tantas sonrisas que se robó. Aprovechó la fiesta nocturna para ofrecer a todos un hermoso discurso de amor y amistad, pero a la vez, se despidió de todos. En otro bosque no lo habían olvidado y esperaban con ansias su regreso."

El autor fue ganador del certamen nacional de escritura de Costa Rica: Mi Cuento Fantástico. La versión ilustrada se encuentra en la Antología 2014, en:

<https://micuentofantastico.cr/wp-content/uploads/2017/06/Antologia2014.pdf>

Quedan reservados todos los derechos de autor por la Asociación Amigos del Aprendizaje, ADA. Se prohíbe su uso comercial, su venta, o su uso por sitios web sin el permiso previo y por escrito de ADA.

